

este suceso, los cristianos de Valente celebraron la dicha del príncipe á quien la fortuna traía guerreros invencibles desde las extremidades de la tierra. Se despacharon agentes encargados de trasportar aquellos temibles huéspedes, con la orden expresa de que ninguno de los futuros destructores del imperio, aun cuando estuviera moribundo, se dejase á la otra orilla. ¡Y todo aquel apresuramiento, exclama *Amiano Marcelino*, todo aquel gran trabajo debía tener por término la ruina del mundo romano! Comisarios destinados al efecto trataron de contar á los Bárbaros en su paso de una á otra ribera del Danubio; pero tuvieron que desistir de aquella operacion, tan imposible, dice *Amiano*, como la de querer contar los granos de arena que el viento del Mediodía levanta sobre las costas del África (1).

La traslacion de los Godos inauguró la invasion de los pueblos del Norte, los cuales poco despues amenazaron á Constantinopla. Teodosio restablece, en apariencia, la majestad del imperio; pero el imperio, en realidad, era de los Bárbaros, los cuales formaban casi solos los ejércitos, hacian emperadores y á veces usurpaban la púrpura. El mundo romano era como un gran palenque en el cual campeaban y se batian los Bárbaros. Ellos habian invadido las más altas dignidades, y sus jefes gobernaban el Estado. Ya se habia visto á un Godo sobre el trono; ¿por qué se habia de rehusar el consulado y el mando de las legiones á los que daban Césares á los degenerados descendientes de los vencedores del mundo? Cuando se leen los nombres de los generales romanos en tiempo del emperador Aureliano, *Hartmund*, *Haldegast*, *Hildemund*, *Karivisc*, se creeria uno en los bosques de la Germania. Galiano alistó en su servicio al jefe de los Hérulos *Naulobat* y le hizo cónsul. Constancio Cloro tenia por compañero de armas al rey de los Alanos, *Eroch*. En el siglo IV no se pueden contar los Germanos que desempeñaron cargos en la corte ó en el ejército. Algunos se vistieron la púrpura, como *Silvano* y *Magnencio*; otros más prudentes, como *Ricimero* y *Argobasto*, la echan sobre las espaldas del primer Romano que encuentran y reinan en su nombre. El Vándalo *Stilicon*, suegro y tutor de Honorio, gobernó el Occidente por espacio de catorce años. Bárbaro de

(1) AMMIAN. MARCEL., XXXI, 4.

genio y capaz de defender el imperio contra los Bárbaros, fué victima de los celos de una corte decrepita. Pero el último dique se rompe, y Alarico ocupa á Roma (1).

Un historiador antiguo acusa á los emperadores de haber apresurado la ruina del imperio al llenar de Bárbaros las legiones (2). Los escritores modernos ven en esa funesta política una de las grandes causas de la decadencia de Roma: "Levantar cuerpos de Bárbaros y hacerlos servir en un ejército romano, ¿acaso no era enseñarles lo que habia hecho á los Romanos señores del mundo, la disciplina militar y el arte de la guerra? Llamar á los Bárbaros á un pais mejor que el suyo, ¿no era infundirles el deseo de ocuparle?" (3). Al hacer ese cargo á los más grandes principes de la Roma pagana y cristiana, se olvida que, si formaron las legiones de Bárbaros, fué por necesidad y no por sistema, toda vez que el reclutamiento en el imperio era imposible. Teodosio, acusado por *Zosimo*, es alabado por un panegirista cabalmente por haber llenado de guerreros escitas las ciudades de la Panonia, desde largo tiempo antes deshabitadas; y, en efecto, lo estaban, así las provincias como la Italia, que se veian arruinadas, de una parte por las usurpaciones de los grandes propietarios, y de otra por el despotismo de los emperadores. La clase media, compuesta entónces de agricultores libres, habia desaparecido; y lo que quedaba estaba tan degradado, que un orador cristiano compara aquellas gentes á mujeres. Los Bárbaros solamente eran hombres (4): sin ellos, el mundo romano habria muerto de consuncion.

Eran ya los Bárbaros dueños del imperio ántes de la invasion que cubrió la Europa de ruinas y de sangre. En presencia de los horrores de la conquista, se pregunta uno con ansiedad por qué la Providencia ha entregado el mundo á los terribles dolores de una devastacion secular. ¿No habrian podido los Bárbaros regenerar la sociedad romana por medio de la fusion pacífica de las razas? No, porque mientras existiese la antigüedad, los Germanos no podrian mezclarse con los Romanos. En medio de su decrepitud y de su miseria, el pueblo

(1) OZANAM, *Los Germanos ántes del cristianismo*, p. 320.—GIBBON, c. 27, 28.

(2) ZOSIMO dirige á Teodosio ese cargo (IV, 30).

(3) DUBOS, *Historia de la monarquía francesa*, t. I, p. 135 y siguientes.

(4) SYNESIUS, *De Regno*.

rey no habia abdicado su orgullo: los emperadores prohibieron, bajo pena de la vida, el matrimonio con los Bárbaros; no sospechaban siquiera que al estorbar la renovacion de la sociedad por la fusion de una sangre extranjera, herian de muerte á esa misma sociedad. Pero, léjos de deplorar la obcecacion de los emperadores, hay que felicitarlos de ella, puesto que contribuyó á salvar el porvenir de la humanidad. Una fusion pacífica no hubiera regenerado la sociedad; los Bárbaros se habrian corrompido al contacto del materialismo antiguo, y hubiesen perdido su energia y sus resortes bajo la influencia deletérea del despotismo imperial. Para devolver la vida al mundo romano, han sido necesarias la invasion y la destruccion.

§ II.—La invasion.

N.º 1.—Carácter de la invasion.

Los tristes tiempos de la invasion no encontraron historiador; los hombres sucumbian bajo el peso de sus desgracias, y no pensaban en transmitir la narracion de ellas á una posteridad que no esperaban tener: la ruina de Roma les parecia anunciar el fin del mundo. Apénas si nos quedan algunas crónicas donde se encuentran consignados los acontecimientos, año por año. Nada más horrible que esa seca enumeracion de calamidades que se reproducen con una regularidad aterradora: es como el sonido monótono de las campanas cuando doblan. Cada año saqueos, devastaciones, degollacion, hambres, pestes; el suelo está sembrado de ruinas y empapado en sangre, sangre que brota del suelo, dice el obispo *Idacio*, y que corre por espacio de dias y dias (1).

Las escenas de devastacion y de carnicería que inauguran la Edad moderna causan espanto aun despues de quince siglos. ¿Existe alguna razon providencial para esa sangre y esas ruinas? Uno de los grandes genios que honran la humanidad ha tomado á su cargo la causa de la Providencia; *Schiller* sostiene audazmente que la invasion debia ser destructora para llenar su mision. ¿Para qué han venido los Bárbaros? Para regenerar un mundo corrompido, envilecido, que moria por efecto

(1) IDACIUS, *Chronic. passim* (*Maxima Bibliotheca Patrum*, tomo VII).

de sus vicios. Supongamos un conquistador humano, un Alejandro, respetando las costumbres y las instituciones de los pueblos y procurando fundir en una sola nacion á Romanos y á Germanos; ¿qué habria sucedido? Que el contagio hubiera inficionado á los mismos cuya sangre debía renovar la humanidad; en lugar de contenerse, la decadencia hubiera arrastrado á los vencedores con los vencidos, y hubiese habido decrepitud y muerte sin regeneracion. Los Bárbaros siembran la muerte y las ruinas, es verdad; las ciudades se desploman, los monumentos de las artes perecen, las tinieblas cubren la Europa; pero esa muerte aparente es una palingenesia; una civilizacion más bella que la de la antigüedad saldrá de las cenizas de la sociedad romana (1).

Esa justificacion de la Providencia ¿entraña algo de fatalismo? Ya hemos respondido de antemano á este argumento. La invasion pacífica precedió á la conquista y fué impotente para restituir la vida al imperio; á los males que agobiaban al mundo romano añadió uno nuevo: el fisco y los Bárbaros se dieron la mano para arruinar las provincias, y la decadencia continuaba, y avanzaba la muerte. Los Bárbaros abreviaron la agonía; fueron el hierro que cura la llaga, la tormenta que purifica el aire y fertiliza el suelo. Deploremos las desgracias individuales inseparables de la conquista, pero felicitemonos del fin de una sociedad que debía morir.

Sin embargo, esa muerte no es más que una figura; la sociedad romana no fué exterminada: se han exagerado los males de la invasion: "Los Bárbaros, dice San Jerónimo, no dejaron á su paso más que cielo y tierra; despues de la destruccion de las ciudades y de los hombres, el suelo se cubrió de zarzas y de matorrales; los animales, los peces, las aves mismas perecieron. Así se cumplió la desolacion universal anunciada por el profeta" (2). Comprendemos bien el terror que se apoderó de los Romanos á la vista de los terribles hombres del Norte, terror que se ha transmitido á traves de los siglos. Para pintar la invasion, los historiadores andan buscando términos que caractericen los más violentos trastornos de la naturaleza: un terremoto, una inundacion, un incendio. La invasion no fué tan

(1) SCHILLER, *über Voelkerwanderung*.

(2) HIERONYM., *In Jeremiam*, I, 4 (*Opera*, t. III, p. 550).

destructora como se ha supuesto. Las conquistas de los Bárbaros más bien fueron una ocupación que una guerra; no encontraron resistencia más que en un principio; cuando el imperio se hallaba todavía en toda su fuerza; pero en el siglo V, Roma se retira sucesivamente de sus puestos avanzados, desaparecen las legiones y se abandonan las provincias, que no dan ya señales algunas de vida. Los Alanos, dice *Orosio*, los Suevos y los Vándalos atravesaron el Rhin, invadieron las Galias y llegaron, sin encontrar obstáculo que los detuviese, hasta los Pirineos. El Jeremías galo, *Salviano*, reprocha acerbamente esa inercia á los Romanos: "Nadie quiere sucumbir, y nadie busca los medios de no sucumbir. Todo está en un estado de inacción, de abandono, de cobardía inconcebible: no se piensa más que en comer, beber y dormir. Así se puede decir de los Romanos lo que se lee en las Escrituras: un letargo enviado por Dios se posesionará de ellos," (1).

Se ha investigado la causa del fenómeno singular ofrecido por una nación que se deja ocupar y despojar sin intentar siquiera la resistencia. Los autores cristianos atribuyen la inercia de los Galos al embrutecimiento fruto de sus desórdenes: "Dios, por un justo castigo, les dejó en una seguridad estúpida, á fin de que no pudiesen librarse de los males que les amagaban," (2). Aceptamos ese punto de vista providencial; pero nosotros acusamos al despotismo de los gobernantes tanto como á la corrupción de los pueblos. El materialismo antiguo, junto á los excesos de la tiranía imperial, puso á los hombres en tal estado de enervación, que los hacía indiferentes á su destino. ¿Cómo habían de amar á una patria que no existía? ¿Cómo á un orden social que no garantizaba ni la vida ni la libertad? El gobierno de los Bárbaros les pareció preferible al régimen romano.

¡Hé aquí adónde condujo la administración imperial! La historia debe increpar al despotismo que envilece los hombres hasta ese punto. Cuando Roma se puso en contacto con los Galos y los Españoles, encontró razas bárbaras, pero fuertes; necesitó una lucha secular para reducir la Península, y fué necesario el genio de César para subyugar el valor de los Galos. Pero en el siglo V, las pobla-

(1) OROS., VII, 40.—SALVIANO., *de Gubern. Dei*, VI, 144.
(2) TILLEMONT, citando á SALVIANO.

ciones asistieron indiferentes á la invasión de los pueblos del Norte. "Se hubiese dicho que Roma no había vencido al mundo sino para entregarle sin defensa á los Bárbaros," (1). Hay, sin embargo, en esa atonía de la sociedad romana un beneficio de la Providencia. Los Bárbaros eran necesarios para renovar la humanidad; si hubiesen encontrado una resistencia obstinada, la invasión no se habría efectuado sino con la destrucción de la sociedad antigua; y los Romanos no debían ser exterminados, porque estaban llamados á formar uno de los elementos de la futura civilización; por ellos se enlaza la antigüedad á los tiempos modernos. El cristianismo contribuyó á salvar á los vencidos. Se le puede acusar de haber apresurado la caída del imperio; pero por eso mismo moderó los horrores de la conquista; si la dulzura evangélica debilitó la defensa, también suavizó la dureza de los conquistadores bárbaros.

N.º 2.—Derecho de guerra de los Bárbaros.

I.—La humanidad romana y la barbarie germánica.

Las palabras desempeñan también su misión. Se ha llamado *Bárbaros* á los pueblos que reemplazaron á los Romanos, y se ha dicho que su invasión fué para la Europa el principio de la barbarie. No nos dejemos engañar por las palabras, y penetremos en el fondo de las cosas. Hay una barbarie inculta, grosera, pero compatible con el progreso de los sentimientos y de las ideas. Hay otra barbarie civilizada que cierra el alma á toda esperanza: los Romanos habían llegado á esta irremediable decadencia. En la esfera de la inteligencia había un empobrecimiento peor que la esterilidad, porque era la muestra de la decrepitud. En las relaciones políticas, los Romanos no habían alcanzado jamás ese humanitarismo que es el carácter de la verdadera civilización. Se cree denigrar á las poblaciones germánicas calificándolas de bárbaras; veamos si eran más bárbaras que el pueblo rey.

Roma intentó someter á los Germanos; oigamos á *Tácito* respecto á la conducta de las legiones en los bosques de la Germania: "Para dar á sus legiones impacientes más país que talar, Germánico

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXIII, 23.

las divide en cuatro columnas, y lleva de este modo el hierro y el fuego sobre un espacio de cincuenta millas. Ni la edad ni el sexo encuentran piedad... Nuestros soldados regresaron sin una herida; no habían tenido que hacer más que degollar enemigos, medio dormidos, inermes ó diseminados... En las batallas, Germánico gritaba á los suyos: "Herid sin descanso; no hacen falta prisioneros; la guerra no tendrá fin hasta que la nación sea exterminada." Los soldados, dignos de su general, se bañaron en sangre de los enemigos; y cuando los vencidos buscaban un refugio sobre los árboles, los vencedores los mataban á flechazos por vía de entretenimiento (1). Un historiador moderno compara las guerras de Germánico á las algaradas de los salvajes (2). Sin embargo, ¿Germánico es uno de los héroes de Roma, y fué celebrado por su humanidad! Diríase que los Romanos, desesperando de vencer, querían destruir. En tiempo de Probo, los legionarios salían á caza de Bárbaros; se les pagaba una pieza de oro por cabeza. Maximino escribe al Senado: "Todo lo hemos incendiado, saqueado y degollado en un espacio de cuatrocientas millas." Constantino, cuya humanidad celebran sus panegiristas, no conocía otro derecho de guerra; el orador *Eumenes* felicitó al emperador, cuando ya era cristiano, por sus victorias sangrientas: "Innumerables enemigos han sido pasados á cuchillo, y todas sus habitaciones fueron presa de las llamas. No pudiendo los prisioneros entrar en nuestros ejércitos á causa de su perfidia, ni ser nuestros esclavos en razón á su ferocidad, su muchedumbre cansó el diente de los leones," (3).

Tal era la humanidad romana. Los historiadores latinos acusan de perfidia á los Bárbaros. ¿Tenía Roma derecho de hacer semejante reproche á sus enemigos? No nos remontaremos al origen de sus anales; si los antiguos Romanos habían tenido alguna vez el sentimiento del honor, seguramente no había quedado ni una sombra de él á los adversarios de los Bárbaros. En tiempo del emperador Valentiniano, se hizo un armisticio con los Sajones: "Se vaciló mucho tiempo, dice *Amiano*, ántes de otorgarle, pero se reconoció por fin que nos era ventajoso." Los Sajones entregaron una gran par-

(1) TACIT., *Annal.*, I, 54; II, 21, 16.
(2) TURNER, *Histor. de los Anglo-Sajones*, II, 3.
(3) VOPISCUS, *Prob.*—TREBELL. POLL., *Maximini duo.*—EUMENES, *Panegy. Constantini*.

te de su juventud robusta en calidad de rehenes, y emprendieron su retirada sin inquietud, descansando en la fe de los tratados, cuando los Romanos, violando sus juramentos, los sorprendieron de improviso, y ni un solo Sajón volvió á su patria. El historiador latino confiesa que aquel acto, en estricta justicia, se llama deslealtad, y, sin embargo, procurá justificarle: "¿Cómo imputarnos á crimen, dice él, el haber exterminado un nido de bandidos, cuando la ocasión era tan favorable?" (1). Tal era la moral del imperio; los Romanos, incapaces ya de vencer, recurrían al asesinato. Para ellos ya no había nada sagrado, ni la alianza ni la hospitalidad. Valente hizo asesinar, en medio de un festín, á un rey amigo que tenía para él, además, el título de huésped. El asesinato pasaba por una estrategia de guerra. El rey de los Quados, invitado por un general romano, pereció en el momento en que salía de un banquete. *Amiano*, cuya moralidad, cuando se trata de los Bárbaros, no es muy severa que digamos, increpa acerbamente aquella violación de los tratados y de los más sagrados vínculos (2). Los asesinatos llegan á ser tan frecuentes que la historia se cansa de contarlos. Un eunuco, en complicidad con un emperador, trama una conspiración contra la vida de Atila; pero la traición es descubierta, y el terrible Bárbaro, en lugar de usar de represalias contra el embajador de Teodosio, castiga el crimen con el más soberano desprecio, enviando al emperador este despreciativo mensaje: "Teodorico es hijo de un padre muy noble, así como yo; pero al pagarme tributo ha perdido su nobleza y se ha hecho mi esclavo; no es justo que prepare emboscadas á su señor," (3).

Tal era la civilización romana; pongámosla enfrente de la barbarie germánica.

II.—Los Godos.

En el siglo III, la invasión de los Godos se señaló por el saqueo y la devastación; diez mil personas perecieron en el saqueo de Filipópolis; la toma de Trebisonda les hizo dueños de toda la provincia del Ponto, é innumerables prisioneros fueron llevados por los vencedores á sus estableci-

(1) AMMIAN. MARCEL., XXVIII, 5.
(2) AMMIAN. MARCEL., XXIX, 6.
(3) PRISC., *Histor.*, p. 150, 169, 175, ed. de BONN.

mientos del Bósforo. Después de una guerra de veinte años, el emperador Aureliano hizo un tratado con los Bárbaros, tratado que los Godos observaron con fidelidad religiosa. Habiéndose separado del campamento una columna de quinientos hombres para merodear, el rey de los Bárbaros condenó a su jefe a muerte en presencia del ejército, como víctima consagrada a la santidad de sus juramentos (1).

Cuando la invasión de los Hunos obligó a los Godos a pedir asilo en las tierras del imperio, la perfidia romana cambió en enemigos destructores un millón de Bárbaros que hubieran podido ser decididos protectores de Roma: "Se había encargado el imperio de mantenerles, y no se les dió alimento; se les proveyó de carne inficionada de perros y otros animales muertos de enfermedad; un pan les costaba un esclavo, un cordero diez libras: los inelices dieron los esclavos, y después sus propios hijos." El tratado concluido con Valente estipulaba que los Godos debían entregar sus armas; pero las conservaron dando a los generales romanos las riquezas que habían acumulado en los saqueos y prostituyéndoles sus hijas. Pero ¿quién es aquí el más culpable, el oficial romano faltando a su deber por codicia ó por lujuria, ó el Bárbaro sacrificándolo todo por conservar las armas que le dan seguridad y le prometen el imperio? (2).

La opresión obligó a los Germanos a rebelarse. En las llanuras de Adrianópolis, el valor de los Bárbaros triunfó de la disciplina de las legiones; y aquella derrota, la más desastrosa que Roma había sufrido después de la batalla de Cannas, anunciaba que la dominación de la Ciudad Eterna tocaba ya a su fin. Los Romanos de Cannas lavaron su afrenta con la sangre del enemigo; los Romanos del siglo IV se vengaron con el asesinato. Al recibir a los Godos, había exigido Valente como rehenes los hijos varones de las más distinguidas familias, y se les distribuyó por las provincias del Asia. El comandante de las tropas romanas, de acuerdo con el Senado de Constantinopla, tramó una sangrienta conspiración contra los jóvenes Godos, a los cuales se ordenó asistir, en un día fijo, a la capital de cada provincia con el pretexto de hacerles una

(1) AMMIAN. MARCEL., XXXI, 5.—ZOSIM., I, 33, 33.—GIBBON, capítulo XI.

(2) CHATEAUBRIAND, *Estudios histór.* citando á AMMIAN. MARCEL., XXXI, 4, y á JORNANDES, c. 26.—GIBBON, c. 26.

distribución de tierras y de dinero. En el día señalado, los Bárbaros se reunieron sin armas en el Foro; los soldados romanos ocuparon las avenidas, y en todas las ciudades sonó a la misma hora la señal del degüello. ¡Quién creerá que esa pérfida ejecución ha sido aprobada por un historiador romano! (1).

Tal fué la política de Roma hasta el último día de su existencia; le faltaron siempre la humanidad y el honor. También los Bárbaros fueron implacables; pero a ello fueron impelidos por la perfidia y la crueldad romanas: "Desde las orillas del Ister á las cumbres del Rodope, se desplegó un inmenso teatro de saqueo, de asesinato y de incendio; ni se perdonó al sexo ni á la edad; para degollarlos, se arrancaban á los niños de los pechos de las madres; las mujeres eran entregadas á la brutalidad del vencedor, y sus esposos asesinados ante su vista; los hijos arrastrados sobre los cadáveres de sus padres." (2). Un historiador alemán retrocede de horror ante esas escenas de desolación, y se niega á creer que los Godos hayan destruido por destruir y matado por matar; semejante vandalismo le parece contrario al carácter germánico y al interés mismo de los vencedores (3). Pero los hechos son verídicos, y no hay más que una excusa para los Germanos: la de que todavía eran bárbaros y la de que realizaban una obra de venganza al propio tiempo que llenaban una misión de destrucción.

Teodosio merece el nombre de Grande por haber puesto término á la devastación del imperio, cambiando en aliados los enemigos de Roma por una feliz combinación de destreza y de fuerza. Un orador pagano celebra aquel beneficio, mostrando los campos desiertos de la Tracia llenos ya de cultivadores, el nombre antes odioso de los Godos hecho amable á los Romanos, y las espadas y corazas convertidas en azadones y en arados (4). Esa prodigiosa transformación duró muy poco tiempo. Después de la muerte de Teodosio, los Bárbaros volvieron á abandonar el arado para empuñar la espada, y ya no la dejaron de la mano hasta que fueron señores de Roma.

(1) AM. MARCEL. llama á esos asesinatos «*efficacia veloc et salutaris, prudens consilium*» (XXXI, 13).

(2) AM. MARCEL., XXXI, 6, 8.

(3) LUDEN, *Histor. de la Aleman.*, lib. V, c. 4.

(4) THEMIST., *Orat. XVI, de Pace.*

Los testimonios de los autores respecto á la conquista de Roma son contradictorios: unos dicen que los Godos hicieron una inmensa carnicería y que una gran parte de la ciudad fué destruida por las llamas; otros niegan el incendio y sostienen que los Godos perdonaron á casi todos los senadores. El espíritu de partido se ha apoderado de aquel grande acontecimiento. Como los Godos eran cristianos, los Padres de la Iglesia exaltan su moderación en la victoria por honor al cristianismo (1). Los historiadores alemanes reproducen esas alabanzas, pero reclaman su parte para el carácter humano de la raza germánica (2). En medio de ese conflicto de opiniones y de testimonios hay un hecho cierto, y es el de que el saqueo de Roma no fué tal como se debería suponer, atendida la barbarie de los conquistadores. Roma no fué destruida; solamente algunos edificios fueron presa de las llamas. Alarico, antes de entrar en la ciudad, mandó á sus soldados respetar á los ciudadanos desarmados y mirar como asilos inviolables las iglesias de San Pedro y San Pablo (3). La influencia del cristianismo en la conducta de los Bárbaros no se puede negar. El obispo de Hipona compara, con justo orgullo, la conducta de Alarico, conquistador cristiano, á la de los Romanos y los Griegos: "Muchas guerras ha habido, dice, antes y después de la fundación de Roma. Pues que se abra la historia y que se nos muestren enemigos, hechos dueños de una ciudad, que hayan respetado á los que se refugiáran en los templos de sus dioses... ¿Habrá que recordar á Priamo, degollado al pié de los altares? ¿Al templo de Juno, que no salva á ninguno de aquellos que le habían buscado por asilo? Los Romanos mismos no han perdonado jamás á los vencidos que se creían amparados en los santuarios." (4).

Roma ha sido ocupada en la antigüedad por un pueblo pagano, y en el siglo XVI por un ejército cristiano. Orosio compara los Galos á los Godos, y el paralelo resulta favorable á los Bárbaros convertidos al cristianismo: "Los Galos destruyeron la ciudad é inmolaron á todo el Senado. Los Godos

ocuparon la ciudad tres días solamente, y en ellos apenas si perdió la vida un senador." Gibbon dice que las devastaciones de los Bárbaros de Alarico fueron mucho menos desastrosas que las hostilidades ejercidas en la Roma cristiana por las tropas de Carlos V, príncipe católico y emperador de los Romanos (1). No hacemos nuestras, sino con mucha desconfianza, las comparaciones de Gibbon y las antítesis de Orosio, pero los hechos hablan. Los Godos respetaron la Ciudad Eterna; la que sucumbe es la Roma pagana, la capital del imperio; pero la Roma cristiana se levanta para dominar de nuevo sobre el mundo en nombre de la fe.

III.—Los Francos.

Los Francos tenían, como todos los Germanos, la pasión de la guerra; se les veía algunas veces en los combates acometidos de una especie de vértigo que les hacía insensibles al dolor y á la muerte: parece que retienen, dice un poeta, la vida que se les escapa á fuerza de valor (2). Conquistadores animados de semejantes sentimientos, eran naturalmente crueles y sanguinarios; los historiadores les hacen aún otro cargo: "Los Francos, dicen, violan sus juramentos como cosa de risa; para ellos el perjurio es un modo de hablar, no es un crimen." (3). La unanimidad de esas acusaciones no admite la explicación de un docto escritor, que, efecto de su generoso patriotismo, se niega á creer que la tribu más célebre de la raza germánica degenerase hasta ese punto de su pureza primitiva (4).

Tales eran los conquistadores de las Galias. Sus primeras invasiones, renovadas por espacio de un siglo, fueron ruinosas; llenaron de terror y de desolación las provincias del Norte, talaron campiñas, destruyeron pueblos y ciudades, no perdonaron sexo ni edad. Pero á medida que avanzaban hacia el Mediodía, sus violencias eran menos gratuitas y sus devastaciones menos furiosas, comenzando á celebrar capitulaciones con el episcopado, único poder que sobrevivía á la ruina del imperio. Nos queda una carta de Clovis al clero del Medio-

(1) SAN AGUST., *De Civit. Dei* (III, 29): «*Gothi tam multis senatoribus pepercerunt, ut magis mirum sit quod aliquos peremerunt.*»

(2) LUDEN, *Histor. de la Alem.*, lib. V, c. 7.

(3) Véanse los testimonios citados por GIBBON, c. XXXI.

(4) AUGUSTIN., *De Civit.*, I, 2, 4, 6.

(1) OROS., II, 19.—GIBB., c. XXXI.

(2) SIDON. APOLLIN., *Panegy. Majoriani*, v. 252.

(3) VOPISC., *Procul.*, c. 13.—SALVIAN., *De Gubern. Dei*, IV, página 89.

(4) LUDEN, *Hist. de la Alem.*, lib. IV, c. 3.

dia de las Galias, en la que se ve una moderación y una prudencia muy de notar en un guerrero bárbaro. Recuerda en ella á los obispos las órdenes que había dado á sus tropas al comenzar la guerra contra los Visigodos: "Hemos prohibido tomar nada de lo que perteneciera á las iglesias y á los monasterios... Mandamos que no se hiciese violencia alguna ni se causase daño á las personas afectas al servicio de alguna iglesia, y que, si se las hiciese prisioneras, fuesen puestas en libertad, siempre que el obispo asegurase que habían sido sacadas por fuerza del recinto de los templos; después hemos concedido la libertad aun á aquellas que habían sido hechas prisioneras fuera del recinto de las iglesias." En cuanto á los prisioneros laicos, Clovis permite á los obispos que pidan la libertad de aquellos que hubieran sido hechos prisioneros contra el derecho de gentes. En cuanto á los que hubieran sido cogidos con las armas en la mano, el rey bárbaro autoriza á los obispos para que den cartas de protección, á fin de que, por su respeto, los dueños de los esclavos los trataran con más dulzura (1).

Así, la política de los conquistadores, de acuerdo con la religión, moderó los horrores de la conquista. Es difícil establecer un paralelo entre la invasión de las Galias por los Francos y las guerras de César. El general romano encontró una resistencia tenaz; sus guerras con las poblaciones de las Galias fueron una lucha á muerte, mientras que los Bárbaros del siglo V ocuparon provincias indefensas y casi desiertas. Pero teniendo en cuenta, á favor del César, las necesidades de su posición, aún se puede comparar el genio del Romano con el carácter de los Bárbaros. Representante el uno de la civilización antigua, es célebre por su dulzura y su humanidad; los otros salen medio salvajes de los bosques de la Germania. Nos faltan los detalles para caracterizar las invasiones de los Francos; pero, aun cuando se admitieran como ciertos todos los relatos que la exageración de los contemporáneos ha transmitido á la posteridad acerca del espíritu sanguinario y del vértigo devastador de los Bárbaros, la comparación resultaría en favor de estos últimos. Ningun conquistador derramó tanta sangre como César; en el espacio de diez años que

(1) DOM BOUQUET, *Colección de los historiadores de las Galias*, tomo IV, p. 54.

duró la guerra de las Galias, dió muerte á un millón de hombres é hizo otros tantos prisioneros. Y la matanza de la cuarta parte de la población es el menor de sus crímenes; matar es un derecho de la guerra. Desde el punto de vista de la humanidad moderna, se puede hacer el cargo de cruel al genio más humano de Roma. Habiendo maltratado los Vénetos á los embajadores de César, mandó éste dar muerte á todos los senadores y vendió el resto de los habitantes; entregó á la destrucción todo el pueblo de los Eburones, sin perdonar á mujeres ni á niños. Tal era la humanidad romana; no fué más cruel la barbarie, siendo ménos culpable, por cuanto era extraña á toda civilización.

IV.—Los Anglo-Sajones.

Tácito pone en boca de un jefe breton un discurso que caracteriza admirablemente las conquistas de los Romanos: "Bandidos cuya presa es el mundo, desde que ya no hay tierra que saquear escudriñan el seno de los mares... Robar, degollar, asolar, hé aquí á lo que llaman ejercer el imperio en su falso lenguaje; su paz es el silencio de los desiertos. La naturaleza ha querido que el hombre no tuviera nada más amado que sus hijos y sus parientes: los vencidos, arrebatados por conscripciones, van á sufrir el yugo en una tierra extranjera... Nuestros bienes y nuestros frutos son arrebatados por los impuestos, nuestras semillas por los proveedores, y nuestros mismos cuerpos y nuestros brazos se ven gastados en descuajar bosques, en rellenar lagos, á merced del látigo y de la injuria. El esclavo de nacimiento no es vendido más que una vez y su dueño le mantiene: la Bretaña compra cada día y cada día alimenta su propia servidumbre" (1).

Tal fué la conquista romana. En Inglaterra, como en las demás partes, los Romanos esparcieron las semillas de civilización; pero ese beneficio fué pagado al caro precio del envilecimiento de los vencidos. Cuando las legiones fueron llamadas para salvar á Roma y á Italia, la Inglaterra, abandonada á sí misma, no tuvo ya fuerzas bastantes para rechazar las invasiones de los Pictos y de los Escotos que ocupaban el Norte de la isla, y tuvo que implorar el socorro de sus vencedores. *Gildas*, el

(1) TÁCITO, *Agrícola*, 30, 31.

Jeremías de la Bretaña, copia la carta que los Bretones dirigieron á Aécio: "Los Bárbaros nos arrojan hácia el mar, y el mar nos rechaza hácia los Bárbaros; no nos queda más que escoger el género de muerte: el hierro ó las olas" (1). Los gemidos de la Bretaña no fueron escuchados, y entonces llamó á los Sajones en su auxilio.

Los Sajones eran el terror del imperio. *Sidonio Apolinar*, el obispo poeta, describe con vivos caracteres el terror de los provincianos y la crueldad de los Bárbaros (2): "No hay enemigo más feroz, dice; cuando ménos se le espera es cuando ataca, y cuando se está preparado para recibirle se evade... Todo remero es entre ellos un archipirata; todos mandan, obedecen, aprenden y enseñan el bandolerismo. Los naufragios no les aterran; el mar es su elemento. Se aprovechan hasta de las tormentas para acechar y caer sobre su presa... Antes de regresar á sus hogares sacrifican el diezmo de sus prisioneros." Los Sajones vencieron á los Pictos y Escotos; pero los vencedores se volvieron contra los Bretones, y entonces se dió principio á una escena de devastación y de carnicería cual no se ve igual en la historia.

"Del uno al otro mar, dice *Gildas*, la mano sacrilega de los Bárbaros venidos del Oriente llevó el incendio; y la llama no se detuvo hasta después de haber quemado ciudades y campiñas en casi toda la superficie de la isla, que fué barrida como por una manga de fuego hasta el Océano occidental... Todos los habitantes, con los guardianes de los templos, sacerdotes y pueblo, perecieron por el hierro ó por el fuego. Una torre, venerable y vistosa, se levanta en medio de las plazas públicas; la torre cae: los fragmentos de sus muros, piedras, altares sagrados, revueltos con los troncos y miembros de los cadáveres, y todo ello empapado en sangre, semejaban á un pié de orujo cuando lo estruja una formidable prensa... Si algunos infelices habían logrado escapar á tales desastres, alcanzados al pié de las montañas son allí mismo degollados; otros, impulsados por el hambre, volvían y se entregaban al enemigo para vivir en perpetua servidumbre" (3).

Los colores de este cuadro están demasiado

(1) GILDAS, *De Excidio Britannia*, c. 13.
(2) SIDON. APOLLIN., *Epist.* VIII, 6.
(3) GILDAS, *De Excidio Britannia*, c. 24, traducción de CHATEAUBRIAND.

cargados para que sean la expresión de la verdad; pero, sin embargo, el testimonio del *Cronista sajón* prueba que se cometieron atrocidades inauditas: "Ese año, los reyes Aella y Cissa sitiaron á Anderida y dieron muerte á todos sus habitantes; ni un solo Breton conservó la vida" (1). Se concibe bien que en presencia de esas narraciones, los historiadores modernos hayan creído que toda la población indígena fué exterminada; pero eso es generalizar hechos aislados. Los Germanos no estaban animados de ese furor de destrucción que caracteriza las invasiones de los Tártaros; y puesto que procuraban establecerse, no podían reducir á desiertos los países conquistados. Dando una buena parte á la matanza, queda siempre la mayor parte de los vencidos á la que tenían interés en perdonar los conquistadores mismos; reducida al estado de servidumbre, cultivó en beneficio de los vencedores el suelo de la Bretaña, que en otro tiempo había sido su propiedad (2).

De todas las conquistas germánicas, la más violenta fué la de los Anglo-Sajones. En las Galias y en la España, los Romanos impusieron su idioma y su religión á los conquistadores. En Inglaterra, la lengua latina desapareció, y el cristianismo se borró hasta el punto de que fueron menester nuevos misioneros para predicar el Evangelio á vencedores y á vencidos. Los Germanos imprimieron su idioma, sus instituciones y su genio á la isla de los Bretones. La conquista fué tan bienhechora como ruda; los Anglo-Sajones, mezclados á la raza indígena, se han esparcido por los dos mundos, y ocupan hoy el primer lugar en la civilización europea.

N.º 3.—La Europa después de la invasión.

La comparación del imperio romano con el mundo germánico después de la invasión inspira una profunda tristeza á todos los historiadores; ven en aquél los beneficios de la civilización y en éste el reinado de la barbarie: "Todo el Occidente, dice *Voltaire*, era bárbaro ó estaba asolado; tantas naciones, en otro tiempo subyugadas por Roma, habían vivido, por lo ménos, en dichosa sujeción

(1) CHRONIC. SAXON., p. 15.
(2) TURNER, *Histor. de los Anglo-Sajones*, III, 5 (t. I, p. 191). El nombre de Breton ó de Galos vino á ser sinónimo de servidor ó tributario (THIERRY, *Hist. de la conquista de Inglaterra*, lib. II).